

CARMELO COLONIA
DELSACRAMENTO
CONCHILLAS JUAN
LACAZE VALDENSE
LAPAZ MIGUELETE
NUEVAHELVECIA
NUEVAPALMIRA
AGRACIADA ROSARIO
TARARIRASOMBUES
FLORENCIOSANCHEZ

JUAN
LACAZE



TEJEDURIA

Atlas
del Patrimonio Cultural
Vivo del Departamento
de Colonia

Juan Lacaze

-

Francisco Abella

Octubre de 2020

COLONIA
DEPARTAMENTO
Obra de todos



COLONIA
encuentro mapa

Índice

PRODUCCIÓN GENERAL

Dirección Turismo Intendencia

CORRECCIÓN GENERAL

Dirección Turismo Intendencia

TEXTOS Y ENTREVISTAS

Francisco Abella

FOTOGRAFÍA

Eduardo Davit

FOTOGRAFÍA HISTÓRICA

Galería a Cielo Abierto - Valdense.

COORDINACIÓN DE DISEÑO

Güell Estudio

DISEÑO Y MAQUETACIÓN

Pablo Araújo

PRODUCIDO, DISEÑADO E IMPRESO EN URUGUAY

2022

13	INTRODUCCIÓN
14	PUERTO Y SALADERO
20	EL PUEBLO INDUSTRIAL
24	GENTES DE FÁBRICAS
28	DE TODAS PARTES LLEGARON
28	EL TEJIDO SOCIAL
30	EMBLEMÁTICOS EDIFICIOS
36	LORENZO CLARA, MEMORIAS DE UN TEJEDOR
44	BIBLIOTECA RODÓ, CENTENARIO CENTRO CULTURAL
48	COLECCIÓN RENÉ MORA: TESOROS PARA EXHIBIR
50	IMÁGENES DE UNA CIUDAD OBRERA
63	ENCUENTROS ECUMÉNICOS
66	UN BELLO PUEBLO
70	EL RETORNO AL PUERTO
74	JUAN LACAZE Y EL CAMPO
84	JOSÉ CARBAJAL, EL ARTISTA QUE NO SE OLVIDA
86	BIBLIOGRAFÍA CITADA

COLONIA
DEPARTAMENTO
Obra de todos



www.colonia.gub.uy/turismo

INTRO- DUCCIÓN

Ubicado en la orilla de una bahía que forma el Río de la Plata en el departamento de Colonia, la actual ciudad de Juan Lacaze ha sido sede de innumerables peripecias humanas a lo largo del tiempo.

Los estudios arqueológicos, a partir de hallazgos de piezas líticas y cerámicas, entre otros objetos, dan cuenta del pasaje de hombres y mujeres pertenecientes a las culturas nativas. Posteriormente, ya con la instalación de las colonias europeas en estas costas, hubo emprendimientos saladeriles y movimiento marítimo en las cercanías del resguardado muelle natural conocido como Puerto Sauce. Las areneras y canteras de piedras ubicadas a pocos kilómetros también les dieron su impronta a este paraje.

En tanto, a fines del siglo XIX y principios del XX Puerto Sauce alojó a dos poderosas industrias, textil y papelera, que propiciaron el arribo aluvional de miles de hombres y mujeres. El desarrollo de la actividad industrial y la generación de una cultura obrera se transformaron en poderosas marcas que los lacazinos adoptaron como propias.

Ya sin las grandes industrias fundacionales abiertas, el siglo XXI ha impuesto el desafío de procurar fuentes laborales alternativas en la localidad. Y a sus propios ritmos, los locatarios desafían a las incertidumbres, relatan sus experiencias, ensayan nuevos caminos y dirigen sus miradas hacia los recursos naturales que adornan a este punto privilegiado del territorio uruguayo.

PUERTO Y

SALADIERO



FOTO AÉREA DEL COMPLEJO TEXTIL - 1906.
IMAGEN CORTESÍA MUSEO PUERTO SAUCE.

Durante más de un siglo Juan Lacaze fue una reconocida localidad industrial del departamento de Colonia. En efecto, entre 1898 y 2016 funcionaron dos grandes industrias productoras de papel y tejidos. No obstante, en el espacio que hoy ocupa esa ciudad, en la etapa colonial hubo actividad humana, según lo atestiguan los vestigios arqueológicos de los saladeros instalados en 1786 por Francisco de Medina y por Blanco en 1840, ubicados ambos sobre la orilla del río de la Plata.

En el siglo XIX, en las proximidades del entonces Puerto Sauce también se desarrolló la extracción de arena y de piedra en las costas y en las canteras del vecino paraje Minuano, respectivamente. Arena y piedras eran trasladadas desde esa bahía para un lado y otro del Río de la Plata. Ese puerto también recibía naves que lo elegían como recalada en el trayecto entre Montevideo y Buenos Aires.

Previo a sus denominación actual, como señalamos, la localidad era conocida como Puerto Sauce. Existen varias versiones sobre el origen de ese nombre: algunos lo vinculan al arroyo epónimo que se encuentra a escasos kilómetros de ese lugar, mientras que otros lo remontan a la antigua presencia de un frondoso sauce, al cual las embarcaciones sujetaban sus cabos.

El cambio de denominación al actual y menos poético, Juan Lacaze se dio en las primeras décadas del siglo XX, y se trató de una diligencia tendiente a perpetuar el nombre de quien se dedicó a la explotación arenera en esta localidad a fines del siglo XIX y que también integró las huestes del entonces gobernante Partido Colorado.



FANAPEL



EL PUEBLO INDUSTRIAL

El proceso de poblamiento en esa zona del departamento de Colonia se intensificó cuando allí se instalaron las Fábrica Nacional de Papel (1898) y la textil “Salvo, Campomar y Cía.” (1906). Ambas fábricas fueron trasladadas de Montevideo. En efecto, en 1883 Nicolás Calcagno fundó la primera industria papelerera del país sobre la orilla del arroyo Pocitos, en Montevideo. La empresa, tras vencer la oposición de las lavanderas de la zona, comenzó a funcionar en 1885. Tres años después, debido a la escasez del agua del arroyo y de los pozos semi-surgentes, debió suspender sus actividades. En la primera mitad de la década de 1890 la fábrica cerrada por Calcagno fue adquirida por Alciro Sanguinetti, quien la trasladó a unos galpones ubicados en las calles La Paz y Médanos (actual Germán Barbato, también en la capital del país). Finalmente, el 16 de abril de 1898 la Sociedad Industrial “Cavajani, Puppo, Badi & Cía” -conformada por Juan Cavajani, José Puppo, José Badi, Nicolás Calcagno y su hijo Santiago-, compró la empresa de Sanguinetti, con el interés de trasladarla a Puerto Sauce. Al año siguiente, en el mes de mayo, la empresa comenzó a funcionar efectivamente en ese rincón del departamento de Colonia, en el terreno de la primera cantera de la firma Médici y Lacaze.

EN TANTO, DURANTE LA PRIMERA PRESIDENCIA DE JOSÉ BATLLE Y ORDÓÑEZ (1903-1907), FUERON LOS EMPRESARIOS TEXTILES JOSÉ SALVO Y JOSÉ CAMPOMAR, QUIENES SE ASOCIARON Y ELIGIERON ESE DESTINO PARA CONSTRUIR SU COMPLEJO INDUSTRIAL.

Antes de edificar la planta industrial en el departamento de Colonia, la empresa funcionó en Montevideo; “Salvo, Campomar y Cía”, así se llamó

la sociedad que se instaló en este lugar, fue el resultado de la fusión que, en 1900, realizaron las empresas “La Victoria” (1899) de Salvo Hnos. y “La Nacional” (1900) que pertenecía a Campomar Hnos. Al principio, cerca de 450 obreros trabajaban para esa nueva firma, un número que se multiplicaría por cuatro con el transcurso de los años. En 1905 el directorio de Salvo y Campomar determinó construir la fábrica La Industrial en Puerto Sauce. Varias razones incidieron para que la empresa trasladara su actividad hasta este sitio, donde comenzó a construir un gran edificio, que fue inaugurado un año después. En aquella villa existía un puerto natural que permitía el traslado de mercaderías hacia Buenos Aires en menor tiempo que se hacía desde Montevideo. En relación a la infraestructura, también existía la posibilidad de movilizar la mercadería mediante ferrocarril ya que funcionaba la red de trocha angosta hasta Minuano, mediante la cual se trasladaban las piedras desde las canteras hasta el puerto local. Además, el río de la Plata le ofrecía una inagotable cantidad de agua dulce, que es un elemento fundamental dentro de los procesos de producción de tejidos. A esta lista debe sumarse el factor “distancia”, que se establecía entre la fábrica y las organizaciones obreras, fundamentalmente las de corte anarquista, que actuaban en la capital del país.

El ambiente rural que rodeaba a la flamante industria aseguraría mano de obra a las industrias. En las proximidades del Puerto Sauce, en un radio no mayor a 30 km estaban ubicadas las colonias fundadas por inmigrantes piemonteses, suizos, valdenses, que se instalaron durante el siglo XIX, además de localidades con fundaciones más antiguas como Rosario (1775) o la capital departamental, Colonia del Sacramento (1680), que se ubica a 70 km.



CONSTRUCCIÓN TEXTIL SALVO Y CAMPOMAR - 1904.
IMAGEN CORTESÍA MUSEO PUERTO SAUCE.



JOSÉ SALVO, PRIMER DIRECTOR DE LA FÁBRICA TEXTIL.
IMAGEN: GENTILEZA MUSEO PUERTO SAUCE

GENTES DE FÁBRICAS

Durante las primeras décadas del siglo XX la llegada de trabajadores extranjeros y uruguayos, fue gestando una cultura afirmada en la economía industrial, altamente diferenciada de las localidades vecinas, en una región dominada por la agricultura y la ganadería desarrolladas en pequeña y mediana escala.

El pueblo, la villa y finalmente la ciudad se desplegaron arriba de los arenales, siempre regidas por las presencias de las imponentes chimeneas industriales. Tanto la papelera local como la textil, se convirtieron en las empresas más importantes en sus respectivas ramas de actividad en Uruguay.

Durante las primeras dos décadas del siglo XX la firma Salvo y Campomar construyó dos complejos de viviendas, bien diferenciados entre sí, para alojar a los trabajadores que llegaban desde Europa en forma directa hasta Puerto Sauce, así como a los jefes que regían la organización de la producción. Por un lado, en una manzana ubicada frente a la fábrica, construyó treinta y dos amplias y sólidas edificaciones, en las cuales se alojaban

los propietarios y los jefes de la textil. También a una distancia próxima construyó otras setenta y tres viviendas, pegadas y enfrentadas entre sí, que de modo prioritario fueron destinadas a los obreros calificados que llegaban desde el exterior o desde Montevideo. Ese complejo adoptaría el nombre de barrio Las Casillas, con el transcurrir del tiempo. La fábrica y ambos conjuntos de viviendas contaban con una red de saneamiento para desagotar los efluentes domésticos.

En tanto, aquellos que llegaron ayunos de conocimientos industriales, primero debieron hacer uso de las palas para aplanar las dunas y, después, construir sus modestos ranchos.

En medio de esos arenales, José Salvo construyó el teatro Victoria, con 400 butacas de plata y 22 palcos, donde se ofrecían funciones de teatro, ópera y cine, y se realizaban bailes, en los cuales fundamentalmente participaban los integrantes de la clase dirigente de la villa. Durante las dos primeras décadas del siglo XX en Puerto Sauce habitaban cerca de 2.000 personas.



PERSONAL JERÁRQUICO DE LA TEXTIL - DÉCADA 30.
IMAGN CORTESÍA MUSEO PUERTO SAUCE



De todas partes llegaron

La situación internacional de mediados del siglo XX y la protección dada por el gobierno nacional hicieron que las fábricas tuvieran un desarrollo acelerado. El crecimiento de la producción y la demanda de mano de obra fueron en aumento.

El impulso de los obreros por mejorar sus condiciones de vida buscó canalizarse dentro de la comunidad. Las instituciones educativas y culturales, los clubes sociales o deportivos fueron alojando a los trabajadores que buscaban un espacio de aprendizaje y de socialización.

En el interior de las fábricas, en épocas dominadas por sistemas de producción casi mixtos, coexistían las técnicas artesanales y la aplicación de los modos fordistas y tayloristas. Con el devenir del tiempo los gigantescos galpones llegaron a alojar cerca de mil obreros en la industria papelera y a casi dos mil trabajadores en la textil.

Paulatinamente, la villa que había crecido aislada se acercaba al resto del país.

A mediados de la década de 1930, Campomar y Soulas y la Fábrica Nacional de Papel desarrollaron estrategias para enfrentar las consecuencias producidas por la crisis de 1929. En 1934 Campomar cierra la fábrica La Nacional, en Montevideo, y traslada parte de sus maquinarias y obreros calificados a la planta de Juan Lacaze, donde inicia obras de ampliación que concluirían en 1936. La cantidad de trabajadores empleados por la textil creció abruptamente en ese período: a fines de 1933 trabajaban 761 operarios y en 1936 lo hacían 1.190.¹

La papelera también desarrolló inversiones durante aquellos años. En 1934 realizó una cuantiosa inversión en la compra de la máquina de fabricación de papel “continua 2”, instaló un generador adicional y en el ejercicio 1935-36 compró la patente para fabricar celulosa de paja de trigo. A los efectos de instalar la nueva planta de celulosa, en 1937 inició la construcción de nuevo edificio que inauguró en 1941.

La papelera también registró un aumento abrupto en la cantidad de empleados a partir de aquella década. De acuerdo al censo industrial de 1936, esa empresa ocupaba solamente 68 empleados, y esa cifra se quintuplicó en cuatro años.

EL TEJIDO SOCIAL

En las primeras décadas del siglo XX los obreros recién llegados de Europa crearon instituciones que marcaron la vida del pueblo, como la Cooperativa La Unión (1909-1990), la Biblioteca Rodó (1917 hasta el presente), la Sociedad Mutualista Obrera (1937-2007), así como varios clubes deportivos. Asimismo en los distintos barrios del pueblo se conformaron comisiones vecinales para lograr el trazado de las calles y del tendido sanitario, en las cuales tuvieron una destacada participación los obreros textiles y papeleros.

En la década de 1940 los trabajadores de ambas fábricas desarrollarían sus sindicatos de obreros -la Agrupación Obrera Textil y el Centro Unión Obreros Papelero y Celulosa- que cumplieron un rol protagónico en la historia local a lo largo de varias décadas.



EDIFICACIÓN TEXTIL SALVO Y CAMPOMAR.
IMAGEN CORTESÍA MUSEO PUERTO SAUCE.

1. ZIBECHI, Raúl, “De multitud a clase”, Ediciones Idea, Montevideo, 2006, p.36.

EDIFICIOS

EMBLEMÁTICOS

AUSSTYQ

Casa del Niño

Campomar y Soules S.A.



CASA DEL NIÑO

A mediados de 1936 arriban a Juan Lacaze los curas salesianos para hacerse cargo de la Iglesia Católica local, a partir de gestiones realizadas por el empresario Miguel Campomar, a quienes les brindó un amplio respaldo económico.

El industrial construyó una inmensa infraestructura, donde los salesianos, además de ofrecer sus ceremonias religiosas, adiestraron a los jóvenes en los distintos oficios que demandaba la empresa textil.

UNA DE LAS ACCIONES DESARROLLADAS POR CAMPOMAR MÁS CONOCIDAS FUE LA PUESTA EN FUNCIONAMIENTO DE LA "CASA DEL NIÑO" (1939-1959), DONDE LAS OBRERAS DEJABAN A SUS HIJOS PEQUEÑOS BAJO EL CUIDADO DE INSTITUTRICES MIENTRAS TRABAJABAN EN LA FÁBRICA.

Campomar también invirtió en el desarrollo de otras instituciones educativas, como el colegio de las monjas salesianas o en la Escuela Industrial, dirigida por los sacerdotes de esa orden, a las cuales alojó en grandes edificios.

El empresario textil también hizo una millonaria inversión en la construcción del Club Cyssa y en el estadio que fue bautizado con su nombre, Miguel Campomar.

Lorenzo Clara (1921-2014)²

MEMORIAS DE UN TEJEDOR

Juan Lacaze creció arriba de los arenales, literalmente. En las primeras décadas del siglo XX quienes llegaban hasta esa localidad para emplearse en las fábricas construían sus ranchos sobre las enormes dunas que se extendían a lo largo y ancho de varios kilómetros junto al río de la Plata.

El rancharío emergente carecía de agua potable corriente, entre otros elementos indispensables para asegurar las adecuadas condiciones sanitarias. Junto a las rústicas viviendas generalmente habían dos pozos, separados entre sí por unos pocos metros de arena: de uno sacaban el agua para beber, mientras que al otro, al pozo negro, iban a parar los efluentes sanitarios domésticos. La proximidad entre ambos hoyos tuvo resultados funestos: el tifus dejó centenares de víctimas mortales en Juan Lacaze durante las primeras cuatros décadas del siglo XX.

Sin contar con un hospital público propio en la localidad, tan solo un pequeño porcentaje de los habitantes de aquella población recibía atención médica en la Sociedad Obrera de Socorros Mutuos, fundada en 1929, que contaba con 200 hombres y 300 mujeres en su padrón de afiliados.

Hace ochenta años, cerca de la mitad de los niños lacazinos trabajaba dentro de las fábricas. A fines de los años treinta en Juan Lacaze habitaban 5.279 personas, de las cuales 1.200 eran empleados de la industria textil. Además de los enormes galpones industriales, en el pueblo había 700 casas y 462 ranchos. En 1946, la firma Campomar poseía 123 casas en la localidad.

Los primeros recuerdos de Lorenzo Clara se remontaban a la década de 1920, y desde ahí extendía su mirada hasta lo acontecía durante los últimos años de su vida. La mesa del comedor de su casa siempre estaba habitada por libros y periódicos. Una habitación de su vivienda cumplía la función de biblioteca, y sus paredes estaban cubiertas por más de dos mil libros y decenas de carpetas con materiales que, cada tanto, me mostraba. A Lorenzo, le hubiera gustado ser bibliotecólogo, según me contó una vez, por su amor a los libros y por su afición a los métodos de clasificación de materiales.

A pesar que debió abandonar la escuela a los once años para ingresar a la fábrica, transitó el camino de la formación autodidacta, que le otorgó un bagaje de conocimientos que lo condujeron a transformarse en un referente en el ámbito sindical para varias generaciones de lacazinos y en un miembro activo en las comisiones directivas de varias instituciones, como el Club Independiente, la Biblioteca Rodó y la Sociedad Mutualista Obrera. Durante sus últimos años de vida, Lorenzo decía que era el socio más antiguo de todas las instituciones de las cuales había formado parte.

Lorenzo rememoraba con algunos detalles dignos de quien hubiera ido elaborando una prolija crónica de aquellos eventos en los cuales participó. Lorenzo no era nostálgico. Se reía cuando alguien decía que “todo tiempo pasado fue mejor.” “Eso lo dijo [Jorge] Manrique hace como 600 años...”



SALIDA DE TURNO DE LA TEXTIL - 1946.
IMAGEN CORTESÍA DE MUSEO PUERTO SAUCE.

2. Entrevista realizada por el autor de este trabajo a Lorenzo Clara en 2003. Parte de este testimonio fue publicado en el libro "Los textiles de Puerto Sauce. Memorias de trabajadores 1930-2015", Ediciones de la Banda Oriental, 2016.



Entre los arenales

Lorenzo Clara (1921-2014) fue el cuarto hijo de una pareja de inmigrantes italianos que llegó a estas tierras disparándole a la miseria y a la violencia que se esparcía por Europa a comienzos del siglo pasado. Sus padres se instalaron en Juan Lacaze en 1906. Su madre, Carolina, en 1912, volvió con dos de sus hijos mayores a Italia. El padre de Lorenzo, Bernardo, quedó en el pueblo hasta 1920, cuando decidió pedir una licencia especial en su trabajo para volver a Italia para reencontrarse con sus hijos y con su esposa.

En 1921 la familia Clara-Baldini volvió a atravesar el océano Atlántico. Lorenzo viajó en la panza de su madre, que llevaba adelante un embarazo de seis meses. También vinieron su padre y sus tres hermanos mayores, en ese viaje.

Lorenzo nació en junio de ese año, en uno de los tentáculos que la firma Campomar & Soulas extendió hacia sus costados: el barrio Las casillas, donde los días y las noches de las familias obreras se enfrentaban a las paredes de las fábricas.

Lorenzo se definía a sí mismo como “un casillero”. Para aquellos niños el futuro estaba determinado por la certeza de que el pasaje de la cuna a la fábrica se realizaría en pocos años. De modo que la identificación hacia el trabajo comenzaba a gestarse en forma muy temprana en aquella villa.

A fines de 1932, cuando Lorenzo terminó quinto Año de Primaria, sus padres resolvieron que debía transformarse en un obrero textil. Tenía once

años, usaba pantalones cortos, y ya formaba parte de la masa de obreros que trabajaba para la empresa Campomar.

Siendo un hombre ya mayor Lorenzo hablaba sobre los recuerdos de su niñez. En primera instancia se trasladó hacia su barrio, al interior de la escuela y más allá de sus límites, que eran posibles sortear, en la medida que se juntaran las fuerzas suficientes para traspasar los arenales.

“Recuerdo cuando no había vereda, cuando había carbonilla. En esos momentos, en esa cuadra había pocos chiquilines. A medida que fui creciendo, ya desde la escuela la cosa cambió. Hice compañeros, la mayor parte de Las Casillas; pero nosotros, los casilleros como yo, conocíamos nuestro barrio y un poco más al otro lado de la calle José Salvo y algo del viejo barrio Mondongo, hoy Charrúa. Porque hay que ver la topografía del pueblo: aquí, donde está mi casa, había un bañado; al otro lado, hacia allá, había médanos, y por donde hoy está esta calle, la Don Bosco, pasaba la vía del ferrocarril de trocha angosta que iba hasta Minuano.” “Para el otro lado era el barrio Libertad. Fíjate, donde hoy está el hospital, mientras yo fui a la escuela era un bañado, nadaban los caballos... (...) A veces cuando doy vueltas en bicicleta, pienso ‘Pensar que no había nada’. Y no hablo de siglos atrás, yo lo alcancé a ver y otros bastante menores que yo también lo vieron.”

El horizonte de aquellos niños de principios del siglo XX, en esta comarca industrial, era acotado. Para la mayoría de ellos no había posibilidades de adquirir conocimientos que les permitiera alejarlos de ese destino ineluctable que se había transformado la producción industrial. En algunos casos, los niños podrían culminar la etapa de Primaria. Después, como dijo Lorenzo, concurrirían a la “Facultad de Campomar”. De modo que el rol de obrero continuaría al de alumno escolar.

“... Yo pensaba en terminar la escuela. Nunca pensé en más allá. No olvidemos que todos, en aquellos años, lo que pensábamos era ir a la “facultad” de Campomar, como se transmitía de generación en generación. Yo conocí hasta cuatro generaciones de gente que pasó por ahí.”

Dentro de aquel contexto, tampoco surgía con demasiada frecuencia la ambición de escapar a ese destino que aparecía tan fuertemente signado. Por cierto que la posibilidad de ingresar a trabajar a la textil significaba “una obligación” en la mayoría de los casos, ya que de esa manera podían colaborar con el sostén económico de sus hogares.

“Yo creo que nunca vi a ninguno hablar de aspiraciones de futuro; yo no lo recuerdo... Además, ¿de qué aspiraciones podíamos hablar? Podías terminar el ciclo escolar, con mucha suerte. La inmensa mayoría no lo terminó, incluso yo, que fui hasta quinto solamente, porque el 1° de marzo de 1933, en vez de ir a la escuela, reintegrarme a

terminar Sexto Año, tuve que ir directamente a trabajar. Y como yo muchos otros, con mi edad, quedaron en Tercero de Escuela.” “En mi casa, mi madre me decía: ‘Vos mañana, en el futuro, vas a ser tejedor.’ Por entonces los tejedores no ganaban bien, ganaban siempre más que el peón... Yo pensaba: ‘Qué voy a hacer, qué no voy a hacer. Y seguiré, como todos.’ ‘Irás a trabajar, y después seguirán tus hijos, tus nietos...’ Y eso lo pensaban hasta hace poco... El horizonte era ese, seguir trabajando ahí.”

La “ambición” de aquel niño que creció en la década del ‘20 “era leer y leer”, lo cual provocaba que fuera visto como un niño “raro” en aquel ambiente donde la mayor parte de los habitantes carecían de estudios primarios completos. A Lorenzo lo denominaron “El loco Clara”, porque tenía comportamientos que lo separaban de sus compañeros.

Otra cuestión excepcional en el caso de Lorenzo fue que su primera salida del pueblo se registró a una edad temprana, si se lo compara con lo que ocurría con el resto de los habitantes de la localidad: la realizó a los once años de edad, cuando viajó, en tren, a Montevideo. A los quince años volvió a repetir la experiencia, cuando un tenue bigote asomaba por debajo de su nariz y ya llevaba cuatro años de experiencia como obrero textil.

“Con once años fui a Montevideo, en tren. Me mandaron como si fuera una encomienda, con el

comisionista Larroca. Me llevaron a la estación, con una valijita; cuando llegamos a Montevideo, [el comisionista] me dijo: ‘Vení conmigo’, y me dejó en una mensajería. Y un mensajero me entregó a domicilio, en Capurro. Estuve en la casa de mi hermana unas tres semanas. Fueron mis últimas vacaciones de verano. Cuando regresé al pueblo, en la esquina, estaba rodeado de muchachos que nunca habían estado en Montevideo. ¿Sabés cuál fue la primera pregunta que me hicieron?: ‘¿Cómo son los tranvías?’ “

Atravesar los límites de aquel pueblo, en aquella época, era visto “como una aventura” que la mayor parte no podía realizar, debido a la escasez de medios y de oportunidades para hacerlo. Lorenzo recordaba algunos casos puntuales de trabajadores que decidieron abandonar la textil Campomar e iniciar un camino nuevo en Buenos Aires, fuera de aquel universo que giraba en torno a las chimeneas industriales que se habían instalado en la orilla oriental del río de la Plata.

Después de haber cumplido los once años de edad, además de pasar más de ocho horas diarias dentro de la fábrica, Lorenzo destinaba parte de su tiempo a jugar al fútbol en los diferentes “verdes”, defendiendo los colores de “El Central”, “el cuadrado que teníamos los casilleros.” Otro espacio que tuvo una importancia significativa en su niñez fue el desaparecido teatro Victoria, donde su padre trabajaba como fotógrafo y como músico, acompañando la exhibición de cine mudo.



CORTE DE PELO REALIZADO POR LOS PELUQUEROS DE
JUAN LACAZE A LOS OBREROS QUE OCUPABAN LA FÁBRICA
TEXTIL DURANTE CONFLICTO REALIZADO EN 1960.

Biblioteca Rodó

CENTENARIO CENTRO CULTURAL

Frente a la plaza principal de Juan Lacaze se encuentra la Biblioteca Rodó, una institución creada hace más de cien años, que es financiada por el aporte de sus socios y que se ha transformado en el centro cultural de la localidad.

A principios del siglo XX los trabajadores industriales de Juan Lacaze promovieron la creación de organizaciones culturales y sociales, que se transformaron en muestra de orgullo para muchos sabaleros. Y en ese sentido los locatarios recuerdan la creación de la Mutualista Obrera, la cooperativa de consumos La Unión, las organizaciones sindicales y la Biblioteca Rodó, además de los clubes deportivos.

La Biblioteca Rodó se ha transformado en el centro cultural de la ciudad. La institución cultural ha atravesado diversas crisis económicas a lo largo de esta centuria, pero mantiene abiertas las puertas que abrieron jóvenes seguidores de la obra de José Enrique Rodó.

De acuerdo a lo escrito en una historia -aún inédita- elaborada por miembros de esa institución, un grupo de muchachos “con inquietudes culturales, inspirados en el idealismo del “Maestro de la Juventud Americana”, como se le llamó a Rodó en su tiempo, comenzó a reunirse a leer y comentar sus libros, a adentrarse en el misterioso mundo de la literatura.....” y “fue así que hacia fines de 1917, inmediatamente después de la muerte de Rodó, decidieron formar una biblioteca popular.” Para concretar esa empresa “reunieron algunos libros entre ellos, consiguieron otros a través de donaciones, etc., hasta llegar a unos cien volúmenes”.





De ese modo, la biblioteca comenzó a funcionar en una pieza alquilada a los titulares de una de las viviendas que construyó la empresa textil en la calle José Pedro Varela. Sin recursos para solventar sueldos de empleados, la atención al público era efectuada por los integrantes de la comisión directiva.

Poco tiempo después la institución creció en cantidad de socios y de volúmenes alojados en sus anaqueles, por lo cual debió efectuar sucesivas mudanzas hasta llegar hasta la actual ubicación, en pleno centro de la ciudad. El terreno fue adquirido gracias al apoyo económico de la comunidad local. También fueron los lacazinos quienes colaboraron para construir el edificio central de la Biblioteca Rodó: “...se hicieron campañas de recaudación de fondos, la venta de ladrillos, uno por uno, el metro de piso, trabajo voluntario de mucha gente, etc., no grandes aportes, sino muchas pequeñas colaboraciones que sumadas iban cubriendo las necesidades.

Fue realmente la obra del todo el pueblo”, relata un documento elaborado por esa institución. En 1957 fue inaugurada la amplia sala de exposición de libros y de lectura. Posteriormente, en 1971

se inauguraría la galería Ariel y la sala de teatro, anexas al edificio entral. Finalmente, en la década de 1980 se construirá, en un predio lindero cedido por el Estado, un edificio de dos plantas, donde se encuentra una sala de conferencias y salones para dictado de clases.

A lo largo del siglo XX la Biblioteca Rodó recibió millares de alumnos en procura de materiales de estudio y personas ávidas de nuevas y variadas lecturas., en un repositorio que nunca dejó de crecer. A sus mesas siempre llegaron los periódicos locales, departamentales y nacionales, que son revisados por lectores ávidos de comentar y polemizar sobre lo que detallan esas páginas. Además, la institución cuenta desde hace décadas con un elenco teatral que ha representado un destacado repertorio de obras, con singular destaque.

En el siglo XXI la Biblioteca Rodó enfrenta el desafío de mantenerse vivo, creyendo en su papel, en un mundo colmado de publicaciones digitales a las cuales puede accederse desde los diferentes dispositivos electrónicos. La esperanza de continuar siendo un germinador de cultura la mantiene viva.

Colección René Mora:

TESOROS PARA EXHIBIR

El paisaje costero del departamento de Colonia registra “un continuum de ocupación humana desde la prehistoria hasta la actualidad, incluyendo asentamientos de grupos cazadores-recolectores, ocupaciones portuguesas y españolas de la época colonial, establecimientos de colonias de inmigrantes europeos durante los siglos XIX y XX y complejos industriales de principios del siglo XX”, explican las arqueólogas Elena Vallvé y María Malán, en el artículo “Arqueología costera en Colonia, Uruguay: un abordaje holístico del Patrimonio Arqueológico” publicado en el Anuario de Arqueología 2018. La sostenida presencia de hombres y mujeres en estas tierras está relacionada “con el aprovechamiento de la costa debido a su potencial económico y logístico”.

El proyecto Arqueología Costera Colonia Sur, del Ministerio de Educación y Cultura, en el cual trabajan ambas profesionales, “se ocupa de la investigación y gestión del patrimonio arqueológico de la margen izquierda del Río de la Plata entre los arroyos Cufre y Riachuelo, área que presenta un registro arqueológico abundante, variado y peculiar, que sin embargo no había sido abordada ni sistemática ni integralmente hasta hace unos pocos años”.

Las profesionales comentan que existen museos y colecciones privadas en el departamento de Colonia que alojan “en su acervo material arqueológico proveniente del área de estudio, conformando un importantísimo patrimonio con gran potencial tanto como fuentes para la investigación como por su valor pedagógico. Dentro de ese conjunto, las arqueólogas destacan la Colección

Arqueológica René Mora, que cuenta con más de 26.000 piezas y “constituye una de las colecciones más importantes del país, consultada históricamente por investigadores nacionales y extranjeros en el marco de diferentes proyectos”.

La Colección Mora contiene registros que se inician en 1956 y culminan en la década de 1990 en la que fallece René Mora: “cuenta con un acervo documental asociado a los hallazgos muy poco común en colecciones pertenecientes a aficionados. Se trata de una información sumamente descriptiva, en lugar de interpretativa como era común entre los coleccionistas de la época, y que va más allá de la mera anotación de procedencia genérica de la pieza”. Las investigadoras destacan que la “documentación incluye descripciones de procesos (de extracción de material en campo y de manipulación en “el taller”), características de la adquisición en el caso de haber sido hallada por terceros, así como croquis de estratigrafía y contexto de hallazgo, mapeo y dibujo de piezas”.

La mayoría de los materiales que contiene esa colección fueron hallados en Juan Lacaze y zonas aledañas, “constituye una especie de relicto de sitios que han sido ya destruidos por la urbanización o la explotación minera, así como una fuente de información de base para el abordaje sistemático de sitios aún preservados”.

La colección Mora estuvo abierta al público hasta la década de 1990. Durante varios años Malán y Vallvé han desarrollado un puntilloso trabajo

de estudio, sistematización y conservación de los materiales. Actualmente ese acervo se encuentra alojada en las instalaciones de la Biblioteca Rodó a la espera de contar con un lugar adecuado en el cual pueda exhibirse esos valiosísimos objetos que dan cuenta de la lejana presencia humana en estas tierras.

LOS HALLAZGOS.

René Mora (1920-1993) fue un prolífico y destacado referente cultural en Juan Lacaze. Dibujante técnico en las industrias textil y papelera, refinado diseñador y fabricante de baldosas que adornan numerosas viviendas de la ciudad, cronista, narrador, activo miembro de la Biblioteca Rodó, investigador de las actividades humanas en el pasado pasado, fueron algunas de las tareas que desarrolló Mora a lo largo de su vida.

Mora, un autodidacta de la arqueología, realizó excavaciones en diferentes puntos del país. Uno de ellos fue la desembocadura del Arroyo Sauce, al oeste de Juan Lacaze, que “es reconocido especialmente por la particularidad de la cerámica, que se hace visible durante las grandes bajantes que le siguen a eventos importantes de tormenta. De allí provienen la mayoría de las campanas-zoomorfas registradas hasta el momento para la costa Platense, entre las cuales la conocida como “ñacurutú”, así como “recipientes cerámicos, con variadas formas y decoración y piezas líticas pulidas de diversos tamaños, detallan las investigadoras.

IMÁGENES DE UNA CIUDAD

OBRERA



OBREERAS CAMPOMAR - 1960
GENTILEZA MUSEO PUERTO SAUCE

Hace más de diez años, Pablo Poses Peyronel comenzó a construir un archivo de imágenes de Juan Lacaze. Hoy tiene más de ocho mil fotografías y decenas de filmaciones guardadas en su computadora y respaldadas en un disco duro portátil, que ilustran diferentes aspectos y etapas de la historia de la ciudad desde la fundación de la etapa industrial, a fines del siglo XIX y principios del XX, hasta nuestros días, donde algunos de aquellos edificios que fueron erigiéndose, ahora abandonados, literalmente caen por efecto de sus propios pesos.

POSES LLEVA ADELANTE ESA TAREA DESDE EL MARCO INSTITUCIONAL DEL MUSEO PUERTO SAUCE, DE MODO HONORARIO. PARTE DE ESA GRAN COLECCIÓN QUE HA URDIDO PUEDE SER DISFRUTADA EN EL PERFIL DE FACEBOOK DE ESE MUSEO.

“A mí siempre me gustó la historia, desde chico, pero comencé a vincularme con la historia de la ciudad a partir de la invitación que me hizo el maestro David Mackiewikz, que fue maestro mío en la Escuela, para trabajar en el Museo Puerto Sauce. Él sabía que a mi gustaba la historia. Eso fue en agosto de 2004. Empecé a descubrir a un montón de cosas, a conversar con Ricardo Orozco, que también estaba en ese grupo, a meterme en la historia local.”

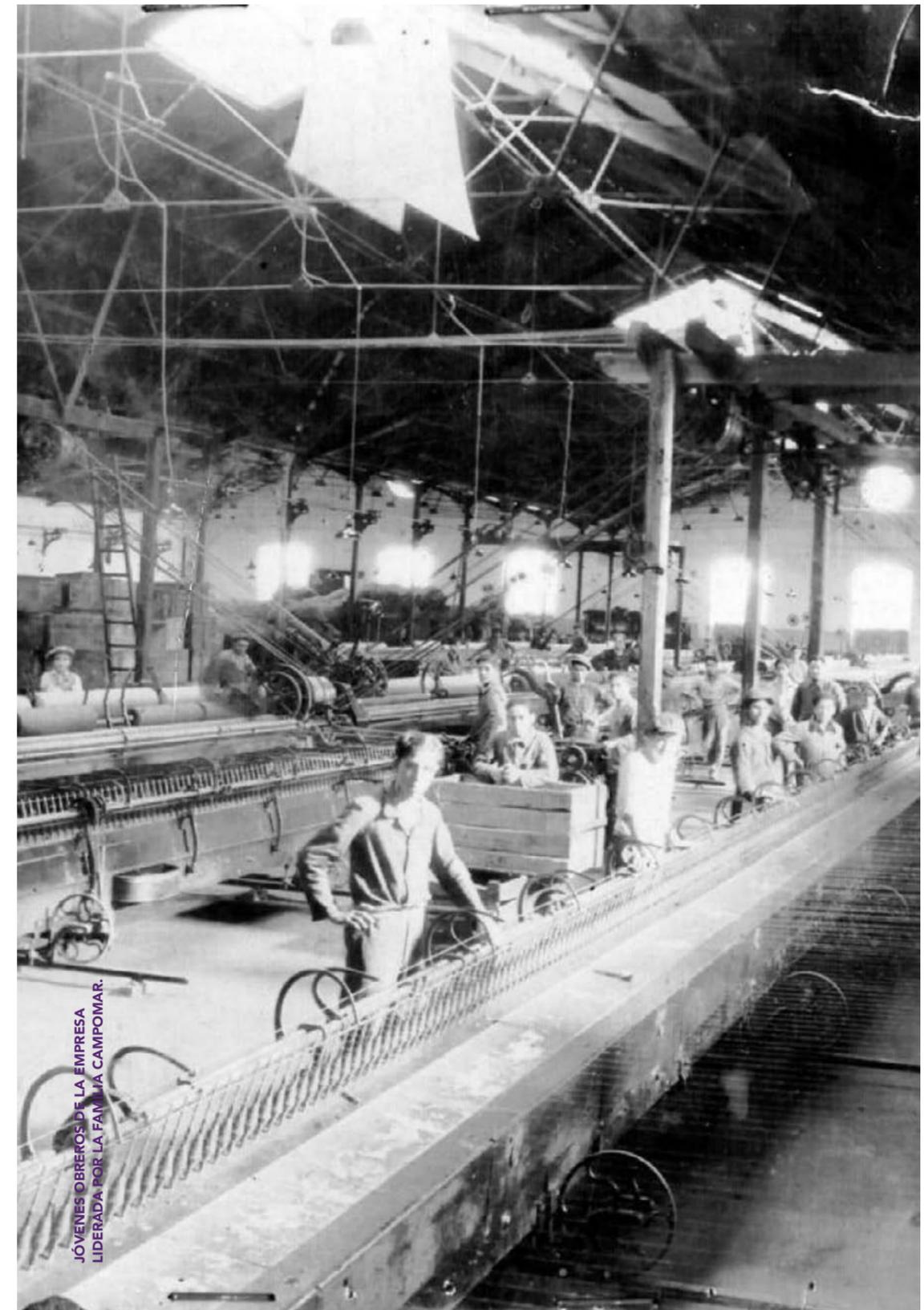
A partir de 2010, con la ayuda de una computadora y un scanner, Poses se sumergió en la interminable tarea de rastrear y guardar las fotos de los diferentes archivos institucionales y familiares a los cuales ha tenido acceso. “Las fotos siempre me removieron mucho, siempre me interesaron

mucho... Ahí empecé a escanear las fotos del Museo. Y después no paré más.”

El primer archivo institucional que logró registrar y digitalizar fue el del Club Cyssa, “que ha sido el más voluminoso al que he tenido acceso. Es un archivo fotográfico y con carpetas de documentación. Ahí había más de 600 fotos.”

“Creo que el Cyssa y el Estadio Campomar son dos puntos de referencia de la sociedad lacazina, porque allí se ven reflejadas las etapas de la vida social de buena parte del pueblo. Son fotos muy buenas, que pintan un poco lo que era el pueblo durante la época que se inauguraron esos edificios, las competencias, las fiestas que se hacían. Es un archivo muy interesante. Estaba muy desordenado y faltaban algunas cosas, pero la idea es ir salvando lo que queda. Siempre digo que existe una etapa de salvar, de recuperar todo aquello que está hoy en día.”

Algunas instituciones locales crearon sus propios archivos “como ocurre con el sindicato papero Cuopyc, donde hay una cantidad de fotos vinculadas a la actividad propia del gremio”. Pablo también accedió “a las fotos de algún otro club, al de la Biblioteca Rodó, al archivo de los salesianos, que también está muy bien guardado y conservado”. “Los salesianos tenían la costumbre de sacar fotos a las distintas clases de alumnos o a los chiquilines que iban a los oratorios. Hay muchas fotos sobre eso, así como de los sacerdotes que estuvieron durante las diferentes etapas”, observa.



JÓVENES OBREROS DE LA EMPRESA
LIDERADA POR LA FAMILIA CAMPOMAR.



Durante el rastreo desarrollado en las instituciones Pablo comprobó que “la foto es algo que llama mucho la atención, y a veces cambian las personas que están en las instituciones, y terminan dándoles diferentes usos a esas fotos.” Por esa razón, cree que en las búsquedas que ha realizado se ha topado con álbumes a los cuales “evidentemente” se les había quitado alguna imagen que antes había sido colocada en sus páginas.

Pablo accedió a archivos familiares donde encontró imágenes de personajes singulares de la historia de la localidad. También le han llegado imágenes provenientes de “basurales no oficiales”, donde han aparecido “bolsas llenas de fotos”, y “algunos vecinos que las han encontrado nos la han hecho llegar por diferentes vías. Algunas son fotos familiares, que no tienen mayor valor en cuanto al conocimiento histórico, pero otras sí, porque reflejan una actividad o un paisaje de la ciudad en una época determinada.”

Pablo cree que “no es común que se guarden las fotos. Me he encontrado con situaciones donde se han tirado cajas enteras con fotos, porque te dicen que no sabían ni quiénes eran los que aparecían en esas fotos y se tiraron. Lamentablemente te encontrás con esa situación.”

Para Pablo “la aparición de la foto ya es motivo de destaque, y cuando esa foto viene acompañada por referencias, de lugares, es algo muy importante, tiene un valor agregado que te asombra”.

PABLO REALIZA ESE TRABAJO TAN METICULOSO CONCIENTE QUE CONTRIBUYE “AL ARMADO DE LA MEMORIA COLECTIVA” DE SU LOCALIDAD.

“Las fotos dan satisfacciones, disfrutes, desde el momento de buscarla hasta el hecho de compartirlas. Yo no hago esto para acumular fotos en mi casa o en mi computadora, sino para que la gente tenga acceso, para que todos vayamos entendiendo que en la medida que vayamos aportando nuestras fotos también nos vamos haciendo dueños de ese archivo. Vamos armando una memoria colectiva, con las fotos y con los datos que se van obteniendo”.

Una de las grandes satisfacciones que ese trabajo le ofrece es el vínculo con los estudiantes de la ciudad.

“Por suerte, los profesores del Liceo se han sumado y van acercando a los chiquilines a esta colección. Yo no sólo estoy buscando fotos, sino todo tipo de documentos que pueda aportar a la historia de la ciudad. El archivo es de puertas abiertas para que la gente pueda disfrutarla. Ahí tenemos un objetivo para cumplir: que los muchachos puedan trabajar con el archivo, porque alguien tiene que seguir con el registro. Yo he armado el archivo, pero la gente es quien lo ha hecho crecer.”.

INSTANTÁNEAS

La fotografía tiene, para Pablo, la posibilidad de rescatar la cotidianidad perdida, que incluso no fue vista en el momento que transcurrió y que la cámara se posó en ella.

Esas imágenes que convocan la mirada de Pablo “generalmente son tomadas por gente común, que le sacó una foto a una actividad que le llamó la atención por alguna razón o sacó a una esquina, a un negocio. Cuando aparecen fotos en los periódicos, hay fotos que pellizcan esas situaciones....”

Esa letanía despierta en el coleccionista “cierta nostalgia de ese ritmo que se perdió, ese ritmo de disfrutar el pueblo”. Un ritmo que era marcado por la velocidad -casi analógica, podríamos decir hoy- de las bicicletas.

Pablo avanza y profundiza su mirada sobre el devenir histórico. Logra alejarse, se instala en ritmos todavía más lentos que los impuestos por los pedales y las cadenas de las bicis. De pronto recuerda una imagen de aquel pueblo en construcción, donde los edificios iban ganando paso entre los arenales, en derredor de las fábricas. Evoca la figura de un hombre solo cuya mirada parece estar colocada en algún lugar alejado, más allá de las dunas que lo circundan. Esa fotografía no la registró un amateur, sino un fotógrafo profesional que el industrial textil José Salvo llevó hasta Juan Lacaze mientras avanzaba en su proyecto de expansión y dominio territorial.

“Hay una imagen.... Mirá vos... En el año 1925 cuando vino la empresa de Max Glücksmann, que tomó esas imágenes que se han hecho conocidas, hizo una panorámica de arriba del hospital [hoy colegio María Auxiliadora], y te

imaginás lo que eran Las Casillas [viviendas que la textil construyó para los trabajadores] y la manzana del Cuopyc. Era un arenal, un desierto, y aparece un tipo que se para en la esquina, mira para todos lados y no había nada. Yo tengo cierta envidia de ese tipo que se acercó a la esquina y no vio nada. Seguramente el tipo no sentía la necesidad de que pasara nada extraordinario, pero andaba ahí, cruzadito de brazos, y justo la cámara lo pesca. Claro, año 25, este tipo que se iba a imaginar que lo iba pellizcar una cámara que andaba arriba de un techo filmándolo. Nunca se enteró. Yo cuando miro esas imágenes me quedo observando a ese tipo”.

¿Qué significado tiene el tiempo para quien se ha dedicado a construir un archivo de fotos del pasado?

“El tiempo es un tesoro. Siempre digo que no podemos lamentarnos de las cosas cuando ya se fueron. Hay que disfrutar al máximo el ya. Más allá que me guste el pasado y la nostalgia, eso no quiere decir que no me guste el presente. He tenido unas cuantas discusiones -amistosas, claro- con mucha gente que piensa que una cosa es contradictoria con la otra y no es así. Nada más alejado en el caso mío. Considero que soy una persona que intenta disfrutar cada minuto.... Tengo un perfil como de nostálgico... pero....El tiempo es algo intangible, y lo relaciono con eso, con la gente que se lamenta cuando pierde algo, que no logra disfrutar de las cosas cuando las tenía... Hay que pensar en las cosas cuando tenés tiempo”.



OBRA EN TELAR.
GENTILEZA MUSEO PUERTO SAUCE





ORDEN SALESIANA INSTALADOS EN 1936.
IMAGEN GENTILEZA MUSEO PUERTO SAUCE.

Encuentros ecuménicos

La zona este del departamento de Colonia tiene una larga vinculación con la Iglesia Evangélica Valdense. Migrantes que integraban esa colectividad religiosa llegaron a partir de 1858 a esta región del país y crearon colonias agrícolas que se transformaron en poderosos focos de desarrollo económico y cultural. Si bien el origen de la actual ciudad de Juan Lacaze parece estar alejado del universo rural, los valdenses también se asentaron en esta localidad desarrollando múltiples actividades productivas y sociales.

La Iglesia Católica también hizo pie en Juan Lacaze en las primeras décadas del siglo XX. En 1937 Miguel Campomar financió la instalación de la comunidad salesiana, le construyó enormes edificios donde brindaron servicios educativos y religiosos a la población.

Lorenzo Clara relató que hasta 1936 el sacerdote Félix González, “un tipo macanudo”, estuvo al frente de la parroquia local, pero debió marcharse de allí tras mantener una serie de diferencias con Campomar, quien era católico practicante. Si bien los sacerdotes salesianos llegaron con el apoyo de los empresarios textiles, también tejieron estrechas relaciones con los trabajadores locales.

Los representantes de ambas iglesias, Evangélica Valdense y Católica, estuvieron juntos en los momentos más complejos de la historia de la ciudad. Por ejemplo, a principios de los años 90, el sacerdote Rafael García y el pastor Hugo Malán, cumplieron un rol trascendente en las Fuerzas Vivas que acompañaron a los trabajadores de Campomar en el proceso de cierre de esa empresa. “Algunos entendían que tener las dos iglesias significaba tener mayor capacidad de golpear puertas ... Nosotros hacíamos actividades ecuménicas con Ra-

fael, con el objetivo de sostener a la gente ante la pérdida del trabajo y de un horizonte totalmente oscuro...”, comentó Hugo Malán.

El cierre de Campomar y Soulas propició la creación de las Fuerzas Vivas, que contó con representantes de diferentes organizaciones locales que procuraban buscar alternativas para ayudar a más de mil familias que habían perdido su fuente laboral. Malán y García fueron designados voceros de esa movimiento.

“Nosotros como pastores la coincidencia básica que teníamos era cuidar la integridad de las personas. Una crisis social como esa genera muchos conflictos y situaciones en las familias. Los hombres que quedaban sin trabajo, que no sabían hacer otra cosa, hubo casos de separaciones, fruto de la incapacidad para readaptarse, que no podían encontrar otra actividad. Eso nos ayudó a que las iglesias firmaran documentos ecuménicos para mejorar la calidad de vida de la gente, no se tocaban los aspectos doctrinales. No se tocaban temas como el divorcio, donde nosotros siempre fuimos más abiertos que la Iglesia Católica. Reconocíamos juntos que había una realidad que superaba lo que podían ser las diferencias y las doctrinas nuestras. La otra cosa fue el rol de generar comunión que permitiera visualizar la situación de una manera diferente y que permitiera tomar acciones que de alguna manera ayuden para que la gente se dé cuenta que, más allá de las diferencias que podemos llegar a tener desde el punto de vista de la confesión de fe o incluso ideológico partidista, hay una cuestión que es central: nosotros formamos parte de la humanidad”. (Hugo Malán)



CASA SALESIANA DE SAN JOSÉ

UN BELLO PUEBLO

A lo largo del siglo XX la población de Juan Lacaze mantuvo una alta dependencia hacia esas industrias, un modelo económico que no generaba un interrelacionamiento fluido con los restantes sectores de la actividad productiva que se desplegaban en el resto del departamento. El cierre definitivo de las industrias ocurrido en esta última década ha desplegado muchas interrogantes en la localidad que surgió junto al estuario platense y que durante más de 120 años ha generado una riqueza cultural asociada a un tejido institucional y social laboriosamente hilvanado por miles de hombres y mujeres.

Pedro Larrama nació en Ombúes de Lavalle, departamento de Colonia, en 1958. Tras haberse desempeñado durante muchos años como empleado en una cooperativa agropecuaria de esa localidad, hace casi un cuarto de siglo junto a su esposa, Susana, decidieron imprimir un cambio en el modo de vida que desarrollaba hasta entonces. En medio de una crisis que afectaba al sector primario la cooperativa de Ombúes de Lavalle no soportó esa situación, lo cual llevó a Pedro a negociar su salida para empezar una nueva etapa en su trayectoria. Parte de los créditos laborales que le adeudaban los cambió por maquinarias que le servirían para fabricar juguetes de madera, una actividad que había empezado a desarrollar con Susana como un pasatiempo, cuya recompensa hasta ese momento estaba asegurada por la satisfacción que demostraban sus pequeñas hijas cuando aquellos obsequios.

Al iniciar ese cambio, Pedro y Susana confiaron

en sus capacidades para emprender una actividad económica independiente y en las habilidades que habían sacado a relucir en la construcción de juguetes. De golpe dieron el primer paso, y a ellos les sucedieron unos cuantos más.

Al destinar la producción del taller al contingente de turistas que llegaba a Colonia, Pedro y Susana visualizaron nuevas oportunidades para aumentar sus ingresos en otros destinos del país, especialmente Montevideo y Punta del Este. Sin contar con vehículo propio, los traslados hacia esos lugares se hacían bastante largos y complejos de realizar desde Ombúes de Lavalle, por lo cual comenzaron a planificar una mudanza hacia una de las localidades ubicadas en el eje de la ruta 1. La amistad que mantenían con personas afincadas en Juan Lacaze provocó que dirigieran sus miradas hacia esa ciudad.

“Hace 21 años que estamos acá, en Juan Lacaze. Nos cambió la vida. Nunca había vivido al lado del río y no podría vivir nunca más lejos del río. Es impresionante lo que se siente. Mis hijas nacieron en Ombúes, pero se sienten de Juan Lacaze. Juan Lacaze es una sociedad bastante distinta. Ombúes es piamontés y agrícola, la mentalidad es distinta. Acá es fabril, no sé si será más o menos solidaria, eso es cuestión de categorizarla, porque los verdaderos piamonteses eran muy solidarios y vivían en comunidad. Acá encontramos una realidad que en aquel momento era muy buena económicamente”.

El cierre de las industrias locales no pasó desapercibido ante los ojos de Pedro. Esa situación le provocó “tristeza”, pero también imaginó que podría representar la posibilidad de buscar nuevos nortes de desarrollo para la localidad “fabril”.

“Como todo proceso de cierre, fue algo medio triste, y para nosotros que veníamos de otro lado que no era fabril y que nos habíamos acostumbrado a ello, a pesar que era todo nuevo para nosotros. Y por otro lado, es como todo cambio: hay que ver cómo le encontrás la vuelta para vivir de otra manera, hay que reconvertirse, porque no se puede pensar en vivir del mismo modo que se vivía antes, porque ya no existen las grandes fábricas. Hay que pensar que después de las cenizas hay cosas nuevas, como dijo Francisco Piria cuando se le quemó un negocio que tenía y después fundó el balneario Piriápolis”.

Larrama imagina un circuito de turismo local que valore los recursos naturales costeros y la historia industrial, donde la figura y la poesía de José Carbajal “El Sabalero” debe ocupar un lugar central.

“Juan Lacaze tienen muchas potencialidades: un puerto náutico que es impresionante, seguro, es lindo de ver, tiene cantidad de condiciones. La ciudad tiene cosas que no hay en otras partes

del país: los saladeros de Medina y Blanco; que debajo de un barrio aparezca un asentamiento indígena como pasó en el Charrúa, es único en el país; las viviendas de Campomar; las fábricas -Campomar y Soulas sobre todo, que tiene toda una historia, que explica el meollo de cómo se piensa a la ciudad, que las calles converjan todas en las fábricas también es único. También es único lo que pasó con la Casa del Niño. Hay muchas cosas para atraer gente de todo tipo.”

PEDRO CREE QUE JUAN LACAZE DEBERÍA PROCURAR UN CAMBIO EN SU MATRIZ ECONÓMICA, ALGO SIMILAR A LO QUE ÉL IMPULSÓ HACE 20 AÑOS JUNTO A SU COMPAÑERA SUSANA.

“Yo miro nuestro ejemplo: nosotros salimos de cero, salimos de familias muy humildes, y logramos darle trabajo a cinco o seis personas, nuestras hijas pudieron estudiar, logramos comprar nuestra casa y un vehículo. Yo debo mostrarle a la gente que vivimos de esto, que es posible, que de una inversión baja pueden comer ocho familias. La inversión más importante está en la cabeza. Los seres humanos nos rehusamos bastante a los cambios, salvo que seas muy audaz. Costará la adaptación, pero soy optimista y sé que se logrará”





El retorno al puerto

El actual puerto comercial de Juan Lacaze, apoyado en pilares de madera, se construyó entre 1902 y 1903, y en primera instancia se utilizó para el acarreo de la piedra y arena que llegaba desde las canteras cercanas mediante el tendido férreo de la trocha angosta.

La instalación de las empresas papeleras y textil, entre otros factores, provocó que la actividad portuaria perdiera centralidad en la vida de la localidad. Durante las primeras décadas del siglo XX el movimiento de esa terminal fluvial fue complementario al desarrollo de la industria papeleras, a través del acarreo de materia prima para la producción de celulosa cuando ésta se confeccionaba en base a paja de trigo. También esa plataforma se utilizó para transportar animales en pie, cueros extraídos en la economía ganadera de la región así como el trigo que era trasladado incluso fuera del continente americano.

La recepción de buques petroleros de Ancap ha sido la actividad que logró mayor continuidad en ese puerto. Allí recalán buques con tanques cargados de combustibles que mediante un sistema de cañería es trasladado hasta la planta de distribución ubicada en el barrio Villa Pancha.

En la última década del siglo XX, cuando la imponente Campomar y Soulas apagó sus máquinas, los ojos de los sabaleros viraron hacia el puerto que había facilitado la llegada de las industrias. En octubre de 1994, pocos meses antes de dejar su cargo como presidente de la Repú-

blica (1990-1994), Luis A. Lacalle recaló en costas lacazinas. En una misma jornada inauguró la textil paraestatal Agolan en el edificio de la ex Campomar y la rampa portuaria que permitiría el descenso de pasajeros y vehículos de los barcos.

El ferry Princess cumplió el servicio Juan Lacaze – Buenos Aires a lo largo de nueve meses en la última década del siglo XX. El viaje inaugural, que demoró varias horas en atravesar el río, contó al actor Osvaldo Laport entre sus pasajeros. Laport, lacazino, hijo de un obrero papeleros y de una mujer que se jubiló como costurera, durante esos años protagonizaba exitosas telenovelas en la televisión argentina. Ese día el reconocido actor y el Princess fueron recibidos como celebridades por centenares de sabaleros que se agolparon en las inmediaciones del muelle local .

Entre los años 2000 y 2012, un barco de cargas perteneciente a la empresa Tsakos, Líneas Platenses, realizó la travesía Juan Lacaze - Buenos Aires.

En 2017 tras el cierre de Fanapel las miradas de los sabaleros volvieron a pensar en el puerto como un posible generador de empleos. En estos últimos años se han efectuado algunas obras en esa terminal, necesarias para retomar la actividad de transporte de carga. Como ocurrió hace más de un siglo, los locatarios aguardan, expectantes, el retorno de los buques al emblemático Puerto Sauce.



PNN 583

ARMADA - PREFECTURA

WWW.LINEADELPLATA.COM

EXPRESSO DEL PLATA

JUAN LACAZE Y EL

CHAMPLO



Los lacazinos consideran que la localidad ha mantenido una relación de “espaldas” con el campo, a pesar de la cercanía geográfica que mantiene con el ámbito rural y de la importancia que éste tiene para el departamento de Colonia. En tiempos donde la población local trabaja en la construcción de un futuro alternativo al modelo industrial, existen sabaleros que tienen experiencias al respecto y que reflexionan sobre esa difícil relación.

Juan Pablo Viera nació hace 40 años en Juan Lacaze. Es ingeniero agrónomo y durante los últimos 20 años ha vivido en diferentes localidades del país. No obstante, jamás perdió contacto con su ciudad de origen, aunque la “distancia” le ha permitido perder algunas implicancias, a diferencia de quienes no han vivido experiencias fuera de las fronteras locales, sostiene.

Esa “lejanía” que la localidad sabalera mantiene con el ámbito rural, Juan Pablo la vivió en carne propia cuando comenzó a trabajar en Ombúes de Lavalle. La diferenciación no sólo pasa por las particularidades productivas de esta localidad, sino por las tradiciones políticas y sociales desarrolladas a lo largo del tiempo y que fueron generadas por las dinámicas del propio modelo industrial.

Cuando observa el presente de Juan Lacaze signado por el cierre de las empresas que fundaron la ciudad, siente dolor ante el intento de permanecer “atado a la historia”. En ese sentido, a la hora de imaginar y planificar el futuro, Juan Pablo cree que no puede apelarse a la nostalgia. “He discutido con mis amigos que me molesta eso de querer mantener algunas cosas por el

solo hecho que ocurrieron en la historia; está bueno mantener las raíces, conocer de dónde vienen las cosas, pero ya está, llega un momento que hay que cortar el cordón y dar vuelta la página”.

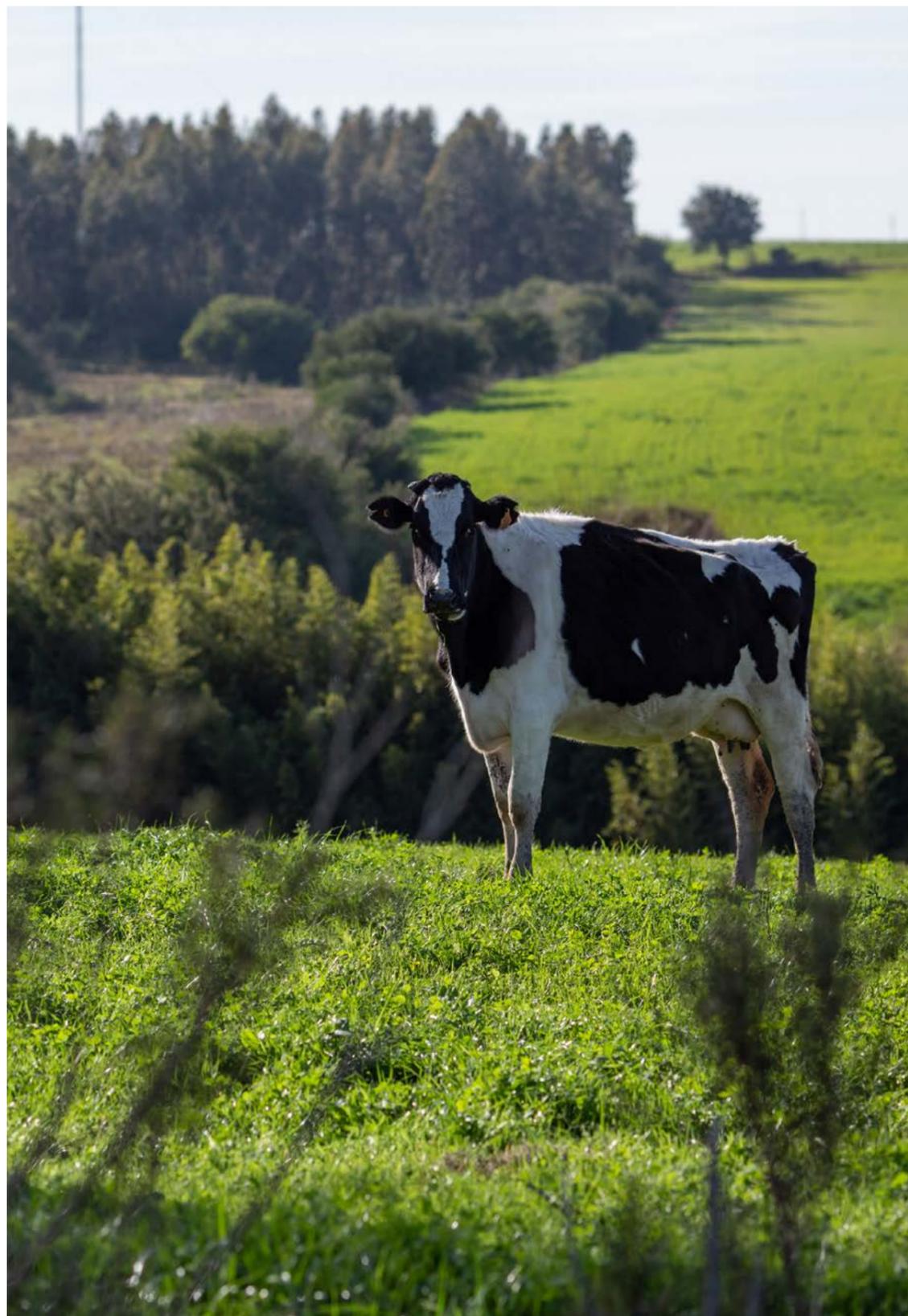
La relación que estableció la población de Juan Lacaze con el modelo industrial durante más de cien años, “la alejó del campo”, de sus habitantes, “de sus culturas”, y de sus circuitos económicos, aunque el traslado desde la localidad fabril hasta el ámbito rural implique unos pocos minutos de viaje.

No obstante, añade, en Juan Lacaze existen “muchas personas” que desarrollan tareas en el ámbito agropecuario, aunque no hayan creado redes visibles para el resto de los habitantes ni impulsado el desarrollo de un circuito de actividades comerciales específico para ese sector.

“Después te das cuenta que hay gente en Juan Lacaze que tiene vínculo con el campo, pero no es el mismo vínculo que se establece en otras ciudades del departamento”.

“A seis kilómetros del centro de Juan Lacaze comienza el ámbito rural. Está ahí, Juan Lacaze está inserto en el campo, aunque sea difícil entender... Juan Lacaze no está en el medio del campo, pero desde el centro de la ciudad hasta el campo, campo, no hay más de siete kilómetros de distancia, en un departamento que tiene la característica que hacés diez kilómetros para dónde sea y te encontrás con una casa o un establecimiento. No estamos en Durazno o Tacuarembó, donde las dimensiones y las distancias son otras, y tiene que ver con las características





del recurso suelo que impide trabajar en áreas chicas. ¿Pero, en realidad, Juan Lacaze qué diferencias tiene con Rosario para relacionarse con el campo?”.

Para Juan Pablo, la brecha que separa a los lacazinos del ámbito rural no se mide en kilómetros, sino que entran a tallar elementos de mayor hondura conceptual:

“Es una cuestión de idiosincracia, de estar de espaldas al campo, y también por la actitud de los empresarios del campo, que si no hay una oferta de servicios, ¿para qué van a mirar hacia Juan Lacaze, si Valdense, Tarariras, Rosario o Ombúes se la dan? Entonces, si no hay una búsqueda de vincularse hacia el campo desde Juan Lacaze, el empresario del campo, lo tiene resuelto, aunque deba hacer un kilómetro más.”

Sin embargo, entre los lacazinos existen conocimientos sobre algunas áreas, como la mecánica y la tecnológica, desarrolladas durante años dentro de los galpones fabriles, que son apetecidos en el universo rural. Para Juan Pablo, deben romperse esas fronteras geográficas y simbólicas para sacar provecho a esos saberes. “¿Qué tipos de servicios se pueden prestar desde Juan Lacaze a la gente del campo?, le pregunto.

“Lo que sean y te imagines... Desde arreglar un camión o un tractor... Ahora está todo el tema de la tecnología... Electricistas, gente trabajando en la conducción de equipos remotos... Ahora los tractores y las cosechadoras prácticamente se manejan solas. Hay mucho para explotar, que cualquiera lo puede hacer en cualquier lado, con sensors remotos desde cualquier oficina... Faltaría que alguien se le prenda la lam-

parita en Juan Lacaze y comience a ofrecerlo.”

Para Juan Pablo esa “idiosincracia” a la cual hace referencia actúa como un freno a la hora de buscar nuevas alternativas laborales, frente al ocaso del modelo industrial. Dentro de esas características que describen a los lacazinos también ubica a “la falta” de asumir riesgos que permitan generar actividades alternativas “a las ocho horas”.

A diferencia de lo que acontece en todas las localidades del departamento, en esta ciudad no funciona ninguna asociación o una cooperativa de productores. Ese desconocimiento provoca que, a la hora de imaginar alternativas, las potencialidades del agro y la ganadería, por ejemplo, no aparezcan sobre la mesa.

La relación productiva que los lacazinos han mantenido con los granos, la leche y la carne, se ha basado en la industrialización de los mismos. “El vínculo siempre es el del trabajador industrial...”, sostiene Juan Pablo.

El ingeniero agrónomo lacazino cree que la industria y el campo son compatibles, y que deberían establecerse emprendimientos productivos que sumen valor agregado a los alimentos. “Para mí el tema industrial es importantísimo, pero el campo también lo es”. “Yo no sé si cambié totalmente el chip. No sé si tengo la capacidad de reconvertirme. Pero me animo a decir que tengo otra visión de las cosas: que el mundo es más chico, que las posibilidades están y que hay que buscarlas... Aprendí que mucho depende de lo que uno mismo haga”, concluye.



MURAL EL SABALERO

@GALLINOART

José Carbajal, el artista que no se olvida

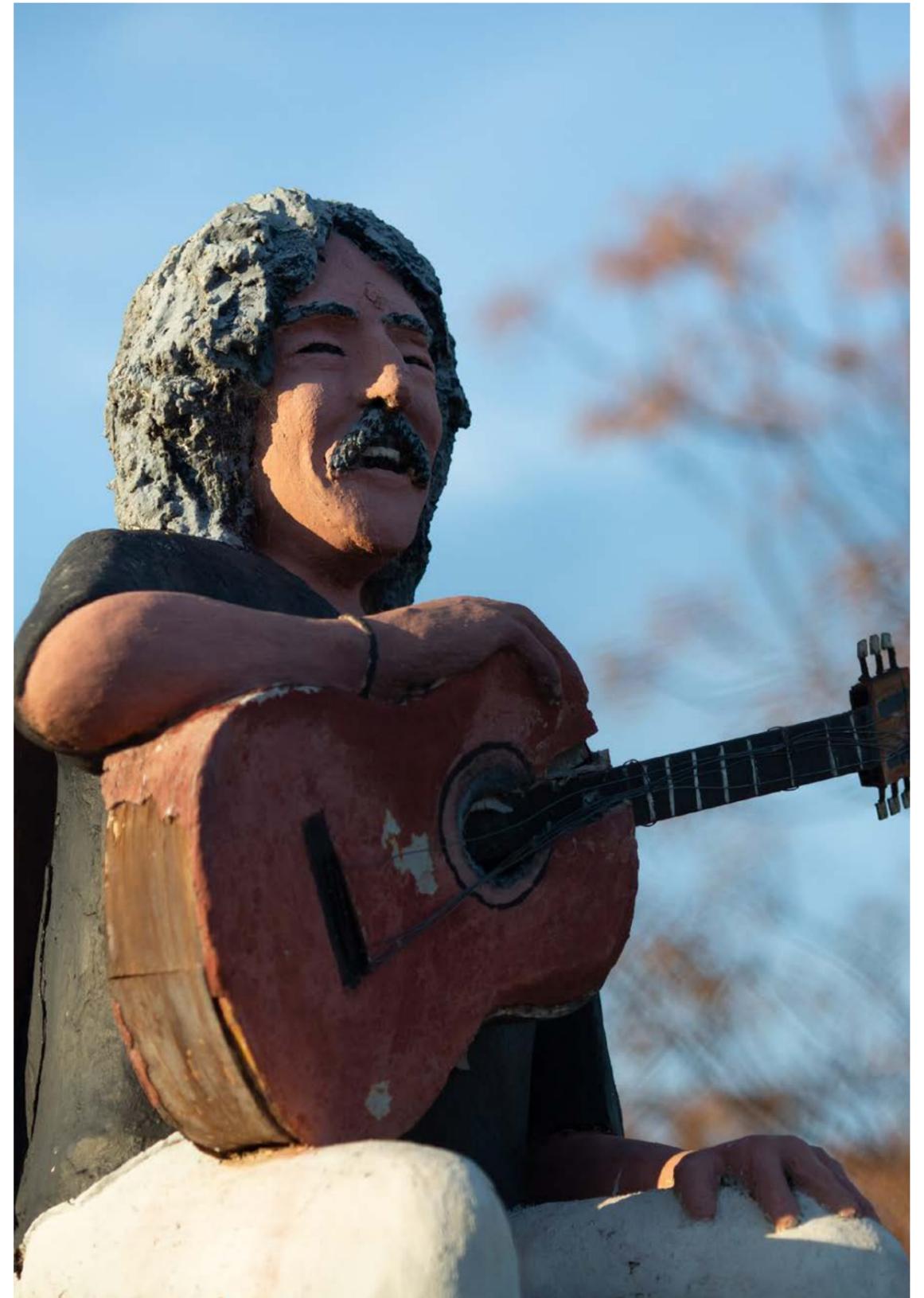
José Carbajal, El Sabalero (1943-2010), es el artista ícono de Juan Lacaze. La obra poética y musical de Carbajal está fuertemente marcada por sus experiencias en su ciudad natal, donde creció, hizo sus estudios y trabajó en la fábrica textil durante algunos años incluso, y de la cual cruzó sus fronteras para llevar adelante una exitosa carrera artística.

Con sus canciones, Carbajal hizo trascender las memorias sobre su vida en Juan Lacaze: la niñez, los carnavales, el trabajo en las fábricas, el amor, la muerte, los seres queridos, el exilio, son algunos tópicos tratados en versos que se han convertidos en himnos para varias generaciones.

Tras su fallecimiento, los lacazinos decidieron rendirle tributo a través de diversos modos: el puerto de Yates se llama José Carbajal; una plaza, que tiene una bella escultura y un enorme retrato suyo, además, lleva el nombre Chiquillada; en la vieja plaza de deportes, ubicada frente a la casa en la cual transitó su niñez, hay una serie de murales inspirados en sus canciones y una escultura de hormigón que pretende recordarlo.

También ha sido escrito un libro que analiza su cancionero. Las docentes lacazinas Leticia Collazo y Raquel Nusspaumer escribieron el ensayo “José Carbajal El Sabalero, del pueblo al mundo”. Ese trabajo analiza la obra “del poeta, juglar, decidor y cantor”, explica Collazo, quien añade que el procedimiento poético utilizado por Carbajal logró “universalizar el tópico pueblo”. “Su obra tiene un carácter universal. Los temas de sus canciones hacen que pertenezcan al mundo”. “(León) Tolstoi dice que para que un artista pueda hablar del universo, primero debe hacerlo de su aldea”. “José entendió al hombre de la fábrica, de la calle adoquinada, entendió lo particular y pudo hacerse entender de modo universal”.

Nusspaumer indica que ambas investigadoras transitaron el camino “de ser admiradoras de José a estudiarlo en profundidad, a analizar su poesía, que tiene llaneza idiomática y está cargada de profundidad”.



Bibliografía

- "LOS TEXTILES DE PUERTO SAUCE.
MEMORIAS DE TRABAJADORES 1930-2015"**
FRANCISCO ABELLA
Ediciones de la Banda Oriental
Montevideo
2016
- "ARQUEOLOGÍA COSTERA EN COLONIA,
URUGUAY: UN ABORDAJE HOLÍSTICO
DEL PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO"**
MAIRA MALÁN Y ELENA VALLVÉ
Anuario de Arqueología 2018
Universidad de la República
2018
- "DE MULTITUD A CLASE",**
RAÚL ZIBECHI
Ediciones Idea
Montevideo
2006



